



ABDERA EN EL CORAZÓN

¿Qué pensaría usted si un día leyera en el diario un aviso con un "se venden ilusiones"? Es probable que un buen porcentaje de lectores crea que se trata de una broma o desearse en próximas ediciones con otros anuncios publicitarios. O que el avisador es un loco. O que se refiere a una consigna en clave, como las que surten verse en películas de espionaje o de misterio.

En este caso, *El vendedor de ilusiones* es uno de los siete cuentos de *Abdera* (Atalier Ediciones, 1989), del ingeniero y master en administración de empresas Konrad Ziller; curiosa mixtura ésta, la del economista y su tradicional frialdad con la del escritor que sin alardes ni densidades da una mano a quien necesite una ilusión secreta.

Pero el sistema no acepta ilusiones, por lo que destruye al vendedor, para en seguida abrir un surtido que vende y dicte justicia sobre el raro asunto. Los testigos son imposibles de encontrar, justamente porque las ilusiones son secretas. Sin embargo, hay un anciano que estaba con el vendedor en el momento en que fue llamada la oficina y al que el juez condena a contar su experiencia. Sin embargo, nadie puede transmitir su ilusión.

"Es creer o no creer. Tener fe o no tenerla. ¿Quién puede creer o tener fe por mí?", protesta el testigo, recordando sólo que el vendedor en el momento del alumbramiento mortal sonreía. "¿Y quién sonreía hoy en día?"

La sonrisa puede significar una puerta o una ventana por donde se criza sin marea hacia adelante. Sin temor hacia aquello. Allí estaba la esperanza de ilusión del anciano del cuento, para quien la vida se había ido cerrando poco a poco; entonces descubre un tiempo abierto y la posibilidad que crece perdida de enfrentar los caminos también abiertos que se le insinúan.

Siempre transgrediendo el hostil mundo establecido, los sueños, las ficciones de Konrad Ziller—estudiante, además, de filosofía—provocan una extraña sensación de descubrimiento. Como si las puertas abiertas por cada cuento permitieran irse con sus protagonistas y encaminarse a otras fronteras más amplias, aunque nunca completamente desatadas de la realidad.

Los cuentos de Guillermo—quizá el más hermoso de los relatos—se refiere a un simple y bondadoso jardinero de una casa donde el protagonista vive alrededor del sol que entra por las ventanas, para llenar su angustia y desconsuelo en cada ocaso, quemado y cegado por el astro de su amor. Sólo ahora decide un buen día ingerir el enamorador, con la complicitad de Guillermo, que lo comen a la manguera del jardín, con la cual también se rega, hasta



PROFESANTE
CUBA

Los relatos de Konrad Ziller nos permiten encaminarnos, junto a sus protagonistas, hacia amplias fronteras nunca desatadas de la realidad.

que en las plantas de los pies, putrefactas como todo el cuerpo, empujan pequeños filamentos: al mismo le han crecido raíces, para la desesperación del siquiatra que desde hace cuatro décadas lo atiende. Pero el hecho no alarma al jardinero, quien, repitiendo la tarea diaria, le sodea de tierra los pies previamente masticados en un improvisado recipiente.

"Yo lo iré regando ahora, hasta que sus raíces se consoliden y pueda incorporarlo al jardín en forma definitiva", dice el hombre simple, sin una gota de asombro, sino con la misma ternura que dedica a sus plantas. Así, después de algunos días, lo despoja de sus ropas y lo traslada a una maceta, con un sereno "te cubriré de hojas" que, por cierto, se cumple. Esto le permite un nuevo traslado, esta vez desde la maceta hasta la propia tierra que Guillermo ha preparado, dándole la gran pat al ensombrado del sol, que ahora pasa definitivamente a otro reino.

Entretanto, el siquiatra toma el lugar del trasplantado, para dedicar como éste sus días a seguir al otro desde las ventanas, comenzando también a ennegrecer.

Abdera, la isla imaginada por el autor—y que le da título a su leve conjunto de historias—, es un territorio en que un vendedor de ilusiones o un hombre que se transforma en árbol resulta mucho más real que la realidad tradicional.

Anaxagor, un abderitano, fue rapado y traído al continente, y luego hecho prisionero. Desde su celda, hablaba de las cosechas perfectas, del saber del vino y de la lluvia de su isla sueño, ubicada a la altura de Melinka. Una isla quizá de ficción—como aseguraban algunos—y que en verdad no sería más que lo que queremos ser y sentir. Pero Anaxagor era real, tanto como el cielo y las estrellas que observaba permanentemente desde su ventanuco, para luego reproducirlos en el techo y suelo de la prisión, haciendo sus cálculos en voz alta y sonriendo. Así llegó a dibujar un camino que uniría este universo con otro más lejano y previamente estructurado durante los primeros días de su encierro: suficiente para que los carceleros creyeran que Anaxagor pretendía evadirse, por lo que clausuraron la ventana y lo sumieron en las tinieblas. Así, la vida se le fue extinguiendo hasta cesar, convertido en un pensamiento. En tanto, los otros prisioneros, contaminados por Anaxagor a través de un reo viejecito que le escuchó sus palabras, llenaron sus celdas de estrellas y soles, en una incontrolable libertad.

Si Abdera está por ahí escondida frente a Melinka, es posible no ubicarla jamás. Pero como estaría contraindicada en el corazón de los hombres, a lo mejor encontramos un reflejo de Anaxagor en nosotros mismos. Podríamos tratar. ■

Abdera en el corazón [artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Abdera en el corazón [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile